

**ELOY SÁNCHEZ ROSILLO** es un poeta con una larga trayectoria a sus espaldas: *Las cosas como fueron. Poesía completa 1974-2017*. Cronológicamente se relaciona con los *postnovísimos*, sin embargo, desde su primer libro, *Maneras de estar solo* (1977), ha buscado su propia voz. Los temas fundamentales son el paso del tiempo, la memoria de la infancia y adolescencia, el sentimiento de la naturaleza, la experiencia creativa; sus poemas están escritos con un lenguaje claro y con el tono de las confesiones íntimas.

Como primer acercamiento a su obra, he escogido algunos poemas, que considero significativos. A continuación, añado unas breves notas aclaratorias

Los poemas “Aviso de caminantes”, “La luz que nunca se extingue” y “La ceguera” pretenden que tomemos conciencia de la ceguera que impone la rutina; hemos de estar siempre alerta ante la llegada de “momentos” que pueden transformar nuestra vida.

Lo cotidiano se observa con una mirada nueva, llena de asombro y actos tan corrientes como llenar un vaso de agua cobra otros significados en “Un vaso de agua”.

El sentimiento de la naturaleza hace su aparición en “Casta Diva”, en el que el sujeto poético, un niño, se funde con el universo nocturno o rescata el canto maravilloso del jilguero en la Edad de Oro de la infancia: “Acerca del jilguero”.

Sin embargo, la fugacidad del tiempo impregna de una dimensión elegíaca su poesía; por ejemplo, en “Ubi sunt?” se reflexiona sobre la fragilidad de la vida humana y “En medio de la noche” se llora la muerte del padre y el fin de la infancia.

Felipe Muriel

*A*VISO DE CAMINANTES

En la suma de días indistintos

que la vida da al hombre, acaso hay uno

en que el destino, trágico y hermoso,

pasa por nuestro lado y el azar manifiesta

una insólita luz, un desusado

fulgor inconfundible.

Pero no has de dudar. Ten el coraje,

cuando llegue el momento,

de abandonar las cosas con que siempre

te engañó la costumbre, y sube pronto

a ese carro de fuego.

 Poco dura

el milagro.

 Después, si te negaras

a partir, sólo noche

merecerás. Y nunca, aunque quisieras,

podrás comprar la luz que despreciaste.

(*Elegías*, 1980-1983)

*CASTA DIVA*

Siempre que hay luna llena

y estoy solo y contemplo con unción cómo el astro

lentamente recorre su camino en el cielo,

vuelvo a una noche de mi adolescencia

que no he olvidado nunca.

Era verano, y, como de costumbre,

estaba yo con mi familia

—mi madre y mis hermanos; ya había muerto mi padre—

en el campo, en la casa que otras veces

he dicho en mis poemas: aquella casa blanca

que hicieran mis mayores en el centro

de una antigua heredad.

 Anochecía.

Me encontraba sentado en un sillón de mimbre,

al lado de la puerta de la casa. Cerré

el libro en que leía, porque ya no quedaba

luz apenas.

 Entonces,

mis ojos se encontraron, de improviso,

con la luna: iba alzándose

—roja y redonda, enorme, misteriosa—

allá, a lo lejos, en el horizonte.

Y yo, sobrecogido, contemplaba

su solemne hermosura.

 Poco a poco,

ascendía en el cielo. Y, al elevarse, fue

cambiando de color: pasó del rojo

al amarillo, y, luego, al blanco puro.

La noche se cerró. Titubeantes,

surgieron las estrellas. El tiempo, remansado,

era un silencio lleno

de tierna luz, de intimidad, de dicha.

Una sirvienta vino

a llamarme: la cena ya esperaba.

Y entré en la casa y me senté a la mesa

con los míos.

 Más tarde,

tras un rato de alegre charla, llegó la hora

de acostarse, y nos fuimos retirando

a nuestras respectivas alcobas.

 Al entrar

en la que yo ocupaba, observé con sorpresa

que la luz de la luna penetraba a raudales

por la abierta ventana.

 Me acosté,

mas no pude dormirme. Daba vueltas

y vueltas en el lecho. Y miraba, hechizado,

la dulce claridad que iluminaba

las sábanas, mi cuerpo, el cuarto todo.

 Al fin,

decidí levantarme.

 Presté atención: dormían

mi madre y mis hermanos. Podía oírse,

en el silencio, cómo respiraban

con placidez.

 Despacio, sigiloso,

anduve a tientas en la oscuridad.

Y, al cabo, hallé la puerta

que buscaba. La abrí. Y, furtivamente,

abandoné la casa.

 Estaba el campo

empapado de luz, lleno de aromas

y de sosiego. Sólo se escuchaba

el canto de los grillos, el ladrido

de algún perro lejano. En la quietud nocturna,

todo callaba, toda cosa era

paz y recogimiento.

 La bóveda celeste

palpitaba. Los astros

no eran mundos distantes: colgaban en racimos

sobre el campo, brillaban

encima de mis ojos, allí mismo, a mi alcance,

como frutos de plata que la noche ofreciera

a mis ingenuas manos.

El plenilunio estaba en su momento

de máximo esplendor. La luna, quieta

en el centro del cielo, me miraba

como mira una madre, con mucho amor, y ungía

con su luz mi inocencia.

Todo mi ser vibraba, entregado al misterio

de aquella noche mágica. Y caminé sin rumbo

por los campos, henchido el pecho

de emoción, de entusiasmo; ebrio mi espíritu

del divino fulgor que me daba la luna.

Yo era en aquel entonces casi un niño,

apenas un muchacho que conservaba intacta

su original pureza.

Mi vida estaba unida a la verdad del mundo

por un hilo secreto.

Y en mi sangre latía la música que mueve

a la gran muchedumbre de los seres creados.

Pasaron en un soplo las horas. Y la luna

se hallaba ya en la parte descendente

del arco que trazaba ella misma en el cielo.

Su luz era más pálida. Y las estrellas iban

poco a poco apagándose.

Volví en mí de aquel éxtasis, de aquel sueño

hermosísimo

que soñara despierto.

 Y como quien retorna

de un viaje muy largo y muy dichoso,

con los ojos alegres

y con el alma llena de indecible ventura,

regresé yo a mi casa.

 Abrí la puerta

con cuidado. Aún estaban

todos durmiendo. A oscuras, de puntillas,

fui andando hasta mi cuarto.

 Me eché sobre la cama.

Por la ventana abierta

empezó a entrar la aurora. Ya cantaban los pájaros.

(*Autorretratos*, 1984-88)

*U*BI SUNT?

Era una hermosa fiesta. Una noche de agosto,
una casa en el campo, un jardín. Y la luna.
Había mucha gente: familiares, amigos.
Aquí y allá, unas mesas con botellas y copas.
Gratas conversaciones intrascendentes, risas.
La música y el baile. El gozo de estar juntos.
Transcurrían así las deliciosas horas
de aquella madrugada.
Me retiré un momento
al fondo del jardín y estuve contemplando,
desde lejos, la fiesta. Era todo alegría.
Mas se detuvo entonces la música, de pronto.
Y llegó un viento súbito, y pasaron los años.
Pasaron muchos años. La luna iluminaba
un jardín ya sin nadie. No estaban las personas
que allí fueran felices en una noche espléndida
que existió no sé cuándo. Yo también me había ido.
Y alguien que no era yo miraba, indiferente,
aquella soledad. Reinaba un gran silencio.
Árboles descuidados, hojas muertas, maleza.
Muros desmoronándose de una casa en ruinas.
Después oí a lo lejos mi nombre. Me llamaban.
Y cesó de repente la visión de una noche
que ha de venir y agita su sombra inevitable
en el mar del futuro: los piélagos del tiempo.
Sonó otra vez la música y volvió la alegría.
Yo me sumé a la fiesta. Y nada dije. Todos
cantaban y reían y bailaban.
La luna
nos miraba, serena, desde el centro del cielo.

(*Autorretratos*, 1984-88)

*E*N MITAD DE LA NOCHE

En mitad de la noche me desperté. Y había

mucha luz en la casa. Oí, por el pasillo,

ir y venir de pasos apresurados, voces

tristes que lamentaban no sé qué, y, a lo lejos,

como un lento murmullo —diríase— de oraciones

entre llanto y gemidos susurradas. Sin duda,

algo extraño ocurría. Asustado, confuso,

llamé con insistencia a mi madre, mas nadie

acudió de momento. Porfié, y al fin vino

a mi cuarto, afligida, la sirvienta, y después

de acariciarme un poco y abrazarme, la pobre,

me dijo como pudo que mi padre había muerto,

que había muerto hacía un rato, de repente.

 Contaba

siete años yo entonces y tenía mi padre,

cuando murió, la misma edad que tengo ahora.

Casi cuarenta años han pasado y aún

respiro aquella angustia. Mientras mi mano intenta

escribir estos versos, voy viviendo de nuevo

los momentos terribles de esa noche remota.

Mi madre está sentada en un sillón, llorando

con total desconsuelo junto al lecho en que yace

el cuerpo de mi padre. Yo me acerco y la beso;

le digo que no llore, que no llore. Su llanto,

en verdad, me conmueve más aún que el cadáver

—tan irreal, tan solo en su quietud— del hombre

que hasta ayer mismo era el centro de esta casa

y jugaba conmigo, con mi hermana y mi hermano.

La muerte transfigura, traza súbitamente

un enigma en su presa, y no reconocía

apenas a mi padre en aquellos despojos

misteriosos, herméticos.

 Entonces no lo supe.

Pero hoy sé que esas horas en que tomé conciencia

del tiempo y de la muerte arrasaron mi infancia:

dejé allí de ser niño.

 La casa fue llenándose

poco a poco de gente. Familiares y amigos

daban con su presencia lugar a repetidas

escenas de dolor. La noche no avanzaba.

Parecía que nunca iba a llegar la aurora.

(*La vida,* 1989-1995)

*L*UZ QUE NUNCA SE EXTINGUE

Te equivocas, sin duda. Alguna vez alcanzan

tus manos el milagro;

en medio de los días que idénticos transcurren,

tu indigencia, de pronto, toca un fulgor que vale

más que el oro más puro:

con plenitud respira tu pecho el raro don

de la felicidad. Y bien quisieras

que nunca se apagara la intensidad que vives.

Después, cuando parece que todo se ha cumplido,

te entregas, cabizbajo, a la añoranza

del breve resplandor maravilloso

que hizo hermosa tu vida y sortilegio el mundo.

Tu error está en creer que la luz se termina.

Al cabo de los años he llegado a saber

que en la naturaleza del milagro

se funden lo fugaz y lo perenne.

Tras su apariencia efímera,

el relámpago sigue viviendo en quien lo vio.

Porque su luz transforma y ya no eres

el hombre aquel que fuiste antes de que en tus ojos,

de que en el fondo oscuro de tu ser fulgurase.

No, la luz no se acaba, si de verdad fue tuya.

Jamás se extingue. Está ocurriendo siempre.

Mira dentro de ti,

con esperanza, sin melancolía.

No conoce la muerte la luz del corazón.

Contigo vivirá mientras tú seas:

no en el recuerdo, sino en tu presente,

en el día continuo del sueño de tu vida.

(*La certeza,* 1996-2004)

*A*CERCA DEL JILGUERO

Para empezar el día, anoto aquí

que de todos los pájaros que yo he visto y oído

el más mío de todos es sin duda el jilguero.

Cuando digo su nombre mi infancia entera vuelve,

y desando el camino y de nuevo retorno

a aquella casa blanca cuyos muros se alzaban

en medio de los campos, en el centro

del corazón del mundo y del verano.

Y me veo a mí mismo en la mañana de oro

—igual que en el comienzo prometedor de un mito—

por vez primera oyendo un canto que venía

de dónde, de qué ser maravilloso y puro.

Escucha, escucha, niño, y acércate despacio

al lugar del que brota sin cesar

esa música hermosa. No hagas ningún ruido.

Y poco a poco llegas con tus pequeños pasos

hasta el pie de un almendro. Pero miras

hacia arriba y no ves más que hojas verdes

y cielo azul. Insiste. No te muevas, y observa

con atención. Insiste. Sí, ya veo, parece

que algo se está moviendo en esa rama.

Por fin, por fin lo ves: es un jilguero.

Lo ves hoy y lo has visto para siempre.

Quién podría olvidarlo. Lo viste, sí. Y yo ahora

lo sigo viendo aún con nitidez

y apunto emocionado en mi cuaderno

ese cuerpo menudo que al cantar se estremece,

e intento dibujar también la gracia

de su rojo antifaz y la delicadeza

de su ropaje pardo que se adorna

con pinceladas blancas, amarillas y negras.

Canta, canta el jilguero en la mañana

remota del origen. Y después alza el vuelo

y se va por el aire. Mas desde entonces vibra

en tu oído, en mi oído y en la verdad más honda

su canto de aquel día, su milagroso canto.

(*La certeza,* 1996-2004)

***L*A CEGUERA**

Mirar no es sólo asunto de los ojos.

Primero, ciérralos unos instantes

y dentro de ti busca —en tu sosiego—

la facultad de ver.

Y ahora ábrelos, y mira.

Es enero ahí afuera, pero está

muy hermosa la vida esta mañana.

Cuánto sol en los álamos

que en trémulas hileras van creciendo

en esta vieja plaza

de tu ciudad. Un día y otro día,

durante muchos años,

a su lado pasaste y no los viste,

ciego que dabas pena y que hoy, por fin,

de milagro has sanado y puedes ver

y en tu mirar te salvas.

(*Oír la luz*, 2008)

*U*N VASO DE AGUA

Qué suceso increíble:
llené un vaso de agua y lo alcé hasta mi boca.
Era ya media tarde. Me había detenido
cerca de una ventana, aquí, en mi casa,
en este día tan claro de febrero.
Llegó el vaso a mis labios
y en ese mismo instante lo atravesó de pronto
un haz muy apretado y muy intenso
de luz del sol poniente.
Cuántos asombros. Todo rompió a arder
con lumbre limpia y mágica:
el agua y el cristal, el cuarto entero,
mis ojos y mis manos y mi vida.
Sin dar ni un solo paso estuve en todas partes.
No sé cómo decir lo que ocurrió,
cómo expresar que sucedieron siglos
de redención y bienaventuranza.
Oro licuado y tembloroso el mundo,
astilla viva yo de un súbito diamante.

(*Quién lo diría*, 2011-14)